

Introducción. Sobre el estudio de epistolarios posteriores a 1936: literatura y cultura

JOSÉ TERUEL

Universidad Autónoma de Madrid

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS

Universidad Complutense de Madrid

Al final de *El invitado amargo* (2014), Vicente Molina Foix descien-
de a los detalles de la anécdota que dio origen a esta curiosa obra
autobiográfica compuesta a cuatro manos con Luis Cremades. El 30
de diciembre de 2012, aprovechando la ausencia del escritor, unos
ladrones irrumpieron en su domicilio. Aunque los destrozos no fue-
ron cuantiosos, los intrusos sí revolvieron parte de su archivo episto-
lar, clasificado meticulosamente de forma alfabética y guardado en
grandes cajas negras. Al regresar a su casa, ordenando las cartas de las
letras A, B y C, desparramadas por el suelo, no resistió la tentación de
leer algunas de Aleixandre, Benet y, sobre todo, de su antigua pareja:

“Entre los nervios, no del todo aplacados, de lo que temía encontrarme en el piso forzado, y la lectura de esa correspondencia entre Luis Cremades y yo, aquella noche no dormí apenas” (Molina Foix/Cremades 2014: 405). Zambullirse en este epistolario fue para él una epifanía que, podríamos aventurar, le hizo plenamente consciente del valor de las cartas en el tiempo, pero también cabe preguntarse si el que relee, al cabo de los años, una carta vieja sigue siendo el mismo destinatario que aquel que la recibió. Carmen Martín Gaité responde con rotundidad en una carta a Ruth El Saffar, fechada en 1982: “Nada hay más triste e inoperante que una carta vieja. (Especialmente las de amor, claro está.)” (2019a: 1197). Por ello, es tan difícil contar bien la historia o reconstruir una biografía, porque hay muchas vidas en una. Una vida es un falso singular y son diversos los yoes dispersos por el tiempo.

Entre las múltiples glosas que merecería la anécdota originaria de *El invitado amargo*, hay una que nos interesa de manera clara: la historia de la literatura española del siglo xx posterior a la Guerra Civil se podría abordar desde un punto de vista prioritariamente epistolar, y hacerlo sería, a buen seguro, fascinante, o al menos fructífero, por cómo ampliaría las posibilidades de análisis en variadas direcciones y de implicación emocional del historiador. La misma anécdota pone de manifiesto las dificultades a las que nos enfrentaríamos al elaborar esa historia epistolar de nuestras letras. La primera es obvia y de tipo práctico: los problemas de conservación de estos documentos y el acceso a los mismos. Si, por un lado, Molina Foix excita la imaginación de los investigadores apasionados por los inéditos —regalándoles una impagable instantánea de cómo debe de ser su archivo epistolar, tan bien catalogado y preservado en esas cajas de Ikea—, el episodio de los ladrones, por otro, alerta de los riesgos que corren estos fondos únicos en domicilios particulares. Miguel Delibes, paradigma del escritor consciente del valor de su correspondencia, confesó a Claudio y Teresa Guillén que no pocas cartas que recibió del padre de estos, “anteriores al año sesenta y tantos”, se perdieron en una inundación inesperada de un sótano (Delibes: 1991 y 1992).

Asimismo, sucede —esto es también lamentable— que no siempre el archivo privado de un escritor llega completo a los estudiosos,

bien por sus propios expurgos y/o los de sus herederos. Quién sabe, pues, qué terminará pasando con esas cajas de cartas que hoy pertenecen a Molina Foix o con sus correos electrónicos, una forma más inmediata de cartearse que también se incorpora a *El invitado amargo* y a nuestro título. Por ello, este libro colectivo no va a seguir cuestionando el trillado tópico del destino único, intransferible y lícito de una carta, porque hay otra cuestión más acuciante: el rumbo incierto de tantos epistolarios de la cultura española tras la Guerra Civil. La correspondencia destruida con la intención de proteger la privacidad, y la que pudiera estar a punto de desaparecer, por falta de interés de los legatarios o por la estrechez de una política cultural de archivos de autor, son cuestiones éticas de más calado que nos deben preocupar, ya que el derecho a la intimidad también se puede preservar con el blindaje que ejecuta el propio tiempo, tal como formulábamos desde la Introducción a *Historia e intimidad* (Garriga/Teruel 2018: 22-23).

En relación con todo lo expuesto, está el hecho de que los epistolarios de escritores españoles tan recientes no solamente están protegidos por las leyes de propiedad intelectual, sino que de ninguna manera pueden ser divulgados o editados sin solicitar los correspondientes permisos si aluden a cuestiones íntimas de personas vivas. Obtener estas autorizaciones puede convertirse en un obstáculo dificultoso e incluso imposible de franquear, y el investigador, al margen de circunstancias de tipo jurídico, puede toparse con razones éticas no menos relevantes. Sin embargo, sí hay escritores españoles de la segunda mitad del siglo xx que en las últimas décadas han publicado en vida parte de su correspondencia: Juan Goytisolo y José Jiménez Lozano, por ejemplo, lo hicieron con las cartas de Américo Castro; Miguel Delibes, con las de Josep Vergés; Carmen Laforet, con las de Ramón J. Sender. Al estudiar a un autor, fijarse en este dato es crucial: da la medida del significado que él mismo otorga a estos corpus en el conjunto de su producción y constituye un testimonio evidente del papel desempeñado por ese concreto corresponsal en su trayectoria como creador y como persona. Además, a menudo, estas publicaciones abren el camino a investigadores posteriores que editan y/o estudian otros epistolarios del escritor en cuestión después de su fallecimiento. Los casos de Miguel Delibes y Carmen Laforet son muy ilustrativos.

Después de que el primero publicase en vida su epistolario con Josep Vergés, ha aparecido su correspondencia con Gonzalo Sobejano (ed. Amparo Medina Bocos, 2014) y Francisco Umbral (ed. Araceli Godino López y Luciano López Gutiérrez, 2021). Si, poco antes de morir Carmen Laforet, se editó su epistolario con Sender (ed. Israel Rolón Barada, 2003), años más tarde ha salido a la luz su correspondencia con Elena Fortún entre 1947 y 1952 (ed. Nuria Capdevila-Argüelles, 2017) y con su amigo Emilio Sanz de Soto desde 1958 a 1987 (ed. José Teruel, 2023).

En las dos últimas décadas se han publicado epistolarios de escritores que desde nuestro punto de vista son paradigmáticos para entender la cultura de la segunda mitad del pasado siglo y del largo camino que aún nos queda por recorrer. Sin olvidar el lugar referencial del proyecto *Epístola* (dirigido por José-Carlos Mainer y centrado en la Edad de Plata o en la modernidad española, cuya coyuntura desde 1854-1875 hasta el exilio republicano salpica nuestro tramo cronológico), destacamos, sin ningún ánimo de exhaustividad ni completitud, la correspondencia de Camilo José Cela con el exilio (ed. Jordi Amat, 2009), de Carmen Martín Gaité con Juan Benet (ed. José Teruel, 2011), de Max Aub con Francisco Ayala (ed. Ignacio Soldevila, 2001), con Ignacio Soldevila (ed. Javier Lluch, 2007) y Vicente Aleixandre (ed. Xelo Candel Vila, 2014), de Miguel Labordeta con Gabriel Celaya (ed. José Rubio Jiménez, 2015), de los poetas del 27 con el grupo “Cántico” —particularmente la correspondencia cruzada entre Vicente Aleixandre y Ricardo Molina— (ed. Olga Rendón Infante, 2015), de Francisco Ayala con José Ferrater Mora (ed. Miquel Osset, 2015), de José Ángel Valente con “los poetas españoles de su edad” (ed. Saturnino Valladares, 2016), de Antonio Buero Vallejo con Vicente Soto (ed. Domingo Ródenas de Moya, 2016), de Américo Castro con José Jiménez Lozano (ed. Guadalupe Arbona y Santiago López-Ríos, 2020), de Carmen Conde con María Cegarra (ed. Fran Garcerá, 2018) y Amanda Junquera (ed. Fran Garcerá, 2021), de Victoriano Crémer con José García Nieto (ed. Xelo Candel Vila, 2023), de Jaime Siles con Juan Gil-Albert (ed. Manuel Valero, 2023), de Camilo José Cela en torno a *Papeles de Son Armadans* con Vicente Aleixandre, Concha Lagos, José Agustín Goytisolo y Emilio Prados

(ed. Arantxa Fuentes Ríos, 2023), o los epistolarios de Dionisio Ridruejo (*El valor de la disidencia, 1933-1975*, ed. Jordi Gracia, 2005), de Jaime Gil de Biedma (*El argumento de la obra*, ed. Andreu Jaume, 2010), de Carmen Martín Gaité (*Cartas*, ed. José Teruel, 2019), de Jaime Salinas (*Cuando editar era una fiesta*, ed. Enric Bou, 2020) y de Ricardo Gullón (*Las secretas galerías de Ricardo Gullón. Lectura crítica de su epistolario*, ed. Javier Domingo Martín, 2020). Son también encomiables las iniciativas de editar digitalmente en la red, y en abierto, corpus epistolares, como hace la Fundación Francisco Ayala (<https://www.ffayala.es/epistolario/>) o el proyecto Cartas a Teresa Guillén (<https://guillen.linhd.uned.es/antologia/>)¹.

Igualmente es preciso reparar en la transcripción y paráfrasis de cartas que nos ofrecen biografías como las de Carmen Laforet (Anna Caballé e Israel Rolón-Barada, *Una mujer en fuga*, 2010), Juan Marsé (Josep Maria Cuenca, *Mientras llega la felicidad*, 2015), José Manuel Caballero Bonald (Julio Neira, *Memorial de disidencias*, 2014), o la biografía colectiva *Los papeles de Herralde. Una historia de Anagrama* (ed. Jordi Gracia, 2020). En tal sentido, Janet Malcolm en su lúcido ensayo sobre el grupo de Bloomsbury afirma con acierto que las “biografías que dan una mayor ilusión de vida, una idea más completa del protagonista, son las que más [cartas] citan” (2015: 107-108), ya que estas se convierten en una forma de transferir experiencia frente al acopio notarial de información. Y Anna Caballé confesó que estuvo “a punto de tirar la toalla” en su investigación biográfica sobre Francisco Umbral, pero, cuando Andreu Teixidor, le facilitó 91 cartas del escritor a Josep Vergés datadas entre 1971 a 1978, se le abrió “un mundo de posibilidades” (2006: 199). Al igual que los autores de *El invitado amargo*, Juan Goytisolo, Esther Tusquets o Luisgé Martín, en mayor o menor medida, recurrieron a sus archivos epistolares para redactar sus obras autobiográficas.

En cualquier caso, aspirar a una historia epistolar de literatura española posterior a 1936 implica admitir lagunas que no siempre

1 La bibliografía incluida en cada uno de los capítulos del libro podrá ampliar estas referencias a correspondencias cruzadas y epistolarios.

responden a expurgos. En las antípodas del celo de Vicente Molina Foix en la conservación de su fondo documental o de la dedicación de Miguel Delibes a su correspondencia, está un autor como Jesús Fernández Santos, que ni acostumbraba a guardar las cartas recibidas ni se explayaba en las respuestas, según amablemente nos comentó su viuda, Maria Castaldi. En verdad, por desgracia, son muy pocas las cartas suyas o a él dirigidas que han llegado hasta nosotros.

El auge por editar y estudiar epistolarios posteriores a 1936 contrasta con la opinión de Julián Marías, quien en una ‘Tercera de *ABC*’, titulada “Peligros para el escritor”, se quejaba —hace más de treinta años— de “la pasión de los ‘inéditos’” entre los especialistas y, en particular, censuraba, salvo excepciones, la publicación de epistolarios de escritores contemporáneos: “No me cansaré de repetir que la mayoría de las [cartas] que se escriben se pueden agrupar en dos clases: unas son triviales; las otras íntimas. Las primeras no tienen interés más que ocasional, fugitivo, para el que las escribe y las recibe, y se refieren a asuntos de la vida cotidiana [...]. Su función queda agotada cuando son leídas por el destinatario. Las otras, las íntimas, son más interesantes. Pero su interés es privado, para el autor y la persona a quien se dirigen, y no hay derecho a penetrar en la intimidad de las personas” (1992). En fecha más cercana, Javier Marías fue incluso más allá que su padre en sus planteamientos y se mostró muy incisivo en dos artículos publicados en *El País Semanal* (2021a y 2022b). “Si un escritor publica sus diarios, o sus memorias, o su correspondencia, lo único en lo que se fijará la ‘prensa canallesca’ (así llamaba el franquismo a toda) será en si habla mal de tal colega o editor o crítico, si ‘ajusta cuentas’, si echa pestes. El esfuerzo del autor por explicarse o relatar su vida quedará anulado por el regodeo que sentirán plumillas y lectores chismosos al descubrir cómo pone a Fulano o Mengano a caer de un burro”, afirmaba en el primero (2021a). En el segundo, después de explicar cómo se negó a que se publicara su correspondencia con Jorge Herralde y Juan Benet, se mostraba contrario a considerar que los epistolarios sean parte de la “*obra*” (la cursiva es suya) de un escritor (2021b).

Es posible pensar que tanto a padre como a hijo no les faltara algo de razón. No podemos negar que hay una curiosidad irreprimible

por meter las narices en correspondencias ajenas, por soñar que uno es *aquel* destinatario; pero no es el caso de nuestros invitados a esta miscelánea. Los lectores que nos hemos reunido en este volumen para estudiar el valor de las cartas en el tiempo compartimos que “la historia literaria no puede ser una forma dignificada del cotilleo” (Mainer 2003: 13). La cuestión no radica en abrir indiscretamente los cajones de un escritorio que no nos pertenece, la clave reside en cómo el investigador se acerca a las cartas: ¿qué se escudriña en ellas? Nosotros (historiadores y filólogos) buscamos rastros del pasado para entender la historia desde otro punto de vista, menos simple y con más matices (con menos claroscuros). Aceptamos que la escritura epistolar es el resultado de aquello que solamente pudo decirse a una determinada persona y en una determinada situación, pero también comprobamos que la intimidad revela lo que oculta la historia y que las cartas pueden ser también un umbral del texto —“el epitexto privado”, en términos de Gérard Genette (2001: 320-348)— o una “explicación y clarificación de opacidades” de la obra literaria, una trastienda de su sentido, un “depósito de intenciones”, “una falsilla para una correcta interpretación de lo que [un autor] no quiso o no pudo publicar a voces, pero sí ocultaba a veces” en sus títulos publicados, como comenta Jean-François Botrel (2009: 9-10), quien no dudó en incluir los epistolarios en la modélica edición en equipo de las *Obras completas* de Leopoldo Alas, *Clarín*. En la misma línea, Jesús Antonio Cid llegó a afirmar que la correspondencia de Américo Castro es nada menos que su obra maestra, y recientemente no viene a ser nada extraño incluir la edición de las misivas de un autor de la segunda mitad del xx en sus obras completas, tal y como suele ser habitual con escritores más antiguos. Así lo hizo en vida el propio Juan Goytisolo con las cartas enviadas y recibidas de Américo Castro (2007), así se ha hecho con Carmen Martín Gaité (2019) y a esto responde el proyecto en marcha de editar los numerosos epistolarios de Max Aub. Como apuntó Enric Bou, “[e]n general, leemos correspondencias de escritores que poseen una obra central que nos atrae. Las cartas resultan, así, la caja de resonancia, como un banco de pruebas, o sirven de depósito para fragmentos de obras (no realizadas, o todavía gestándose) que se proyectan en ellas de forma inconsciente” (2006: 252).

Para aquellos historiadores atravesados por el llamado *giro lingüístico* hasta lo que Julián Marías calificaba de “trivial” y “fugitivo” puede poseer interés: las cartas son una fuente de datos valiosísimos para muy diversas áreas de conocimiento, desde la filología a la antropología cultural. Mientras asistimos a la desaparición de la carta como medio de comunicación, “vivimos años de esplendor de la epistolografía” (Mainer 2018) como texto literario en sí y como fundamento de la documentación histórica. Frente a las memorias y otros géneros autobiográficos, la narración epistolar no construye el pasado, sino que se limita a mencionarlo. Las cartas son un poderoso medio de comunicación con la experiencia inmediata y muestran lo que una vez nos importó: “El escribir cartas no es, pues, una actividad excepcional ni aislada: las cartas están inmersas en la vida, sin fronteras, y dan indirecta cuenta de ella” (Botrel 2009: 13). Esto no significa que la escritura epistolar sea una escritura libre, o *más* sincera, que se beneficia de la privacidad que tiende a presuponerse en el intercambio de una correspondencia. No hay escritura sin retoricidad ni autocensura sobre lo que se puede y no decir, sobre lo que puede y no puede entrar en el espacio permanente de lo escrito. Los silencios y las omisiones son tan significativos como lo que se dice en las cartas, donde se mezclan lo público y lo particular, lo banal y lo valioso, la verdad y la mentira.

Entendemos que las cartas de estos escritores e intelectuales que estudiamos en esta miscelánea se han desplazado del ámbito de lo privado al ámbito del valor patrimonial, y en ese desplazamiento será fundamental la figura del investigador que ha de velar *cuidadosamente* (es también una cuestión ética) por la entrada de otros lectores implícitos, el público de hoy, en ese escenario discursivo de la memoria, de la subjetividad y de la comunicación cifrada. Editar e interpretar cartas es no solo acopiar, transcribir y anotar, sino también descodificar la compleja deixis de la intimidad. En tal sentido, el editor, convertido en una especie de segundo autor (nunca de coautor), debe determinar y enunciar las condiciones dentro de las cuales es verdadero algo sentido por alguien en un momento preciso y formulado para un interlocutor explícito. Advertir el peligro que se deriva de identificar un juicio fechado en una carta con una afirmación genérica, válida en cualquier momento o situación, es el *ethos* y el oficio del investigador

en textos autobiográficos y póstumos. La escritura del yo tiene unas coordenadas de orden temporal, espacial y emocional que hay que contextualizar para apreciar su sentido, y la intimidad constituye una poderosa herramienta de comprensión de la cultura y, en particular, de la historia literaria o de lo que “hoy se espera de la nueva historia literaria” (Mainer 2003: 12-13).

Frente a los argumentos de aquellos que juzgan de intromisión en la intimidad la búsqueda, el estudio o la edición de la escritura epistolar, entendemos que la intimidad es una construcción sometida al lenguaje y al devenir, y no conviene confundirla con la privacidad noticiosa. Una conducta no es intrínsecamente íntima, privada o pública, sino que deriva “de la índole del escenario en que transcurre” (Castilla del Pino 1996: 18). Podríamos recordar la postura de Juan Goytisolo haciendo suya una recomendación de Julián Ríos: sumergirse en los epistolarios del autor de *Madame Bovary* si el mundillo literario circundante se hace difícil de tolerar. “Cuando el espectáculo de nuestro Parnaso me abruma, leo, como Julián Ríos, por razones de higiene, la correspondencia de Flaubert”, confesaba el autor de *Señas de identidad* (2004). Por su parte, desde la “Inspección postal” del número inicial de *El Interlocutor Exprés*, revista de correspondencia literaria en la que colaboraron Ramón Mayrata, Manuel Longares, Belén Gopegui, Eloy Tizón y Carmen Martín Gaité, entre otros, leemos esta programática declaración editorial: “A veces se escriben cartas a un destinatario pero sabiendo que su valor sobrepasa el de la correspondencia biunívoca. A veces se reciben cartas demasiado bellas o absurdas o ingeniosas o terribles, cuyo destino no debiera agotarse en la lectura individual” (junio de 1992). Precisamente Martín Gaité —que nos recordó en numerosos pasajes de su obra la necesaria mezcla de implicación emocional y rigor analítico que exige la narración de la historia— reconocía con cierta reticencia, desde dos anotaciones de *El cuento de nunca acabar* (“Literatura epistolar” y “Las cartas y la historia”), la mezcla de “de avidez y mala conciencia” que le despertaba “cualquier aviso de publicación de un epistolario póstumo” (2016: 449), ya que en la escritura epistolar siempre hay algo intransferible que tiene que ver con la situación concreta y delimitada tanto del remitente como del destinatario, cuya emoción a la hora de recibir o

escribir cartas “nunca queda plasmada en el texto mismo de lo escrito [...], aunque literariamente resulte convincente” (2016: 448); pero también admitía: “...Y, sin embargo, ¡cuánto tienen que ver las cartas con la historia! Los archivos están plagados de cartas, que nos ayudan a componer, fragmentariamente, el rompecabezas de la historia. Sin el estímulo de un interlocutor concreto a quien dirigir esas quejas, peticiones, confidencias o declaraciones, muchos personajes del pasado no habrían dejado noticia de su vida ni de su alma” (2016: 449). Las cartas no solo le permitieron seguir la pista de personajes del pasado —como fue el caso del grafómano Melchor de Macanaz— sino también le ayudaron a entender sus relaciones con sus contemporáneos e incluso autoafirmar a través de ellas su propia identidad autorial —como demuestra el empleo de las misivas que recibió de Juan Benet para sus dos conferencias de 1996 dedicadas al autor de *La inspiración y el estilo* (2017: 940-969)—. Por ello cobra fuerza esa expresiva anotación de los *Cuadernos de todo*: “perder una carta” es una “puñalada a la historia” (2019b: 528).

Al interés por el estudio y edición de epistolarios de la segunda mitad de la centuria anterior ha contribuido, además de la distancia temporal, el hecho de que hoy podemos contar con colecciones de este tipo de escritos, catalogadas y accesibles en instituciones públicas y privadas. Aunque quede mucho por hacer en torno a la preservación de nuestro patrimonio documental, todo apunta a que ese destino incierto, que señalábamos, de tantos epistolarios de la cultura española tras la Guerra Civil en comparación con los de la Edad de Plata, poco a poco, parece que empieza a dejar de serlo. Sin salir de España, hay que destacar la labor de instituciones públicas que en los últimos años han desplegado una ambiciosa política de adquisición de archivos de escritores españoles de la época a la que nos referimos (o han aceptado la donación de estos), y los empiezan a poner a disposición de los investigadores después de haberlos catalogado e incluso digitalizado. Evitando el afán de ser prolijos, podríamos recordar que en la Biblioteca Nacional de España, a la cabeza de esta lista, se conservan ahora los muy nutridos archivos epistolares de Javier Alfaya, Juan Benet, Luis Fera, Ernesto Giménez Caballero, Claudio Guillén, Jorge Guillén, Luis Goytisolo, Concha Lagos, Joan Margarit, Rafael Sánchez Ferlosio, Guillermo de

Torre, Juan Antonio Zunzunegui, entre otros; en la Biblioteca de Catalunya se preservan los fondos documentales de Esther Tusquets, Carlos Barral o Josep Vergés; en la Biblioteca Joaquín Leguina (Madrid), los de Elena Fortún o Antonio Buero Vallejo; en la Biblioteca Valenciana Nicolau Primitiu, los de Juan Gil-Albert, Vicente Llorens, Rafael Lapesa o Ignacio Soldevila Durante; en la Biblioteca Patrimonial del Instituto Cervantes, el de Mario Muchnik; en el Archivo Histórico Nacional, la correspondencia de Luis Rosales; en el Archivo General de la Administración, la de la Agencia Literaria Carmen Balcells. Encomiable es también la labor de la Real Academia Española, donde, aparte de otros muchos legados, se custodian cientos de cartas enviadas a Dámaso Alonso o Antonio Rodríguez-Moñino. Las recibidas por Pedro Laín Entralgo se donaron a la Real Academia de la Historia. En el Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver está el archivo de este matrimonio. El Museo Casa Panero conserva un fondo documental importantísimo relacionado con la llamada Escuela de Astorga. Determinadas universidades públicas han terminado siendo las depositarias de conjuntos de cartas esenciales para el estudio de la literatura española posterior a 1936: Universidad de Zaragoza (archivo Labordeta), Universidade de Santiago de Compostela (archivo José Ángel Valente), Universitat Autònoma de Barcelona (archivo José Agustín Goytisolo), Universidad de Málaga (archivos Juan Luis Alborg y Alfonso Canales), Universidad de Extremadura (archivo Alonso Zamora Vicente), Universidad Complutense de Madrid (archivo Julián Marías-Dolores Franco), Universidad Autónoma de Madrid (archivo Carlos París) o la Unitat d'Estudis Biogràfics (Universitat de Barcelona), pionera en estos estudios y que dirige Anna Caballé, donde, entre otros fondos, se conservan las cartas que recibió Guillermo Díaz-Plaja. Mención especial merecen ciertas fundaciones privadas en las que se conserva la correspondencia original (o copia) recibida por nombres señeros de la literatura española del exilio, de la posguerra o la transición, y en algunos casos también minutas de las cartas enviadas por ellos: Fundación Caballero Bonald, Fundación Camilo José Cela, Fundación Carlos Edmundo de Ory, Fundación Francisco Ayala, Fundación Francisco Umbral, Fundación Jorge Guillén (archivos de Enrique Badosa, Gabino-Alejandro Carriedo, Rosa Chacel, Ángel Crespo, Francisco Pino, Claudio Rodríguez...), Fundación José Ortega

y Gasset-Gregorio Marañón, Fundación María Zambrano, Fundación Max Aub, Fundación Miguel Delibes, Fundación Ramón Menéndez Pidal y Fundación Xavier Zubiri (archivo Américo Castro)...².

Este libro colectivo se concibió precisamente como una contribución a la investigación en esta parcela de la literatura española del siglo xx que tanto interés está suscitando en las últimas décadas. No existe aún un monográfico dedicado al estudio sobre epistolarios inéditos de la cultura española tras la Guerra Civil. Tampoco es posible que un libro con este objetivo sea obra de un solo estudioso, sino de un grupo de investigación en el que se reúnen filólogos e historiadores tanto de reconocida como de incipiente trayectoria. El recorrido que este volumen emprende abarca desde el análisis conmemorativo del epistolario personal de Luce López-Baralt con quien quizá sea uno de los epistológrafos paradigmáticos de la centuria pasada, Jorge Guillén, hasta los correos electrónicos que se intercambiaron Rafael Chirbes con su maestro, Carlos Blanco Aguinaga, demostrando este último capítulo —frente al comentario de Simon Garfield en su hermoso ensayo *Postdata* (2015: 398)— que hay *emails* que pueden ser equiparados a la redacción de cartas misivas, ya que transportan la misma carga semántica y el mismo esmero. Un epistolario cuya hermeneuta es la propia destinataria de esas cartas y una correspondencia emitida desde la inmediatez y la comodidad del correo electrónico (pero sin la capacidad emocional que transmite la caligrafía y la espera de la carta sobre el felpudo o en el buzón) son las aristas del sumario que coordinamos y que permiten captar un devenir, un perceptible cambio en las formas de convivir y comunicarse. El resultado es una miscelánea fuertemente cohesionada por el mismo objeto de estudio (epistolarios inéditos —hasta ahora— posteriores a 1936); por una idéntica creencia en que la historia podría revalidarse a través de la escritura autobiográfica (particularmente la epistolar, ya que no hay escritura más capaz de actualizar presencias que la de las cartas); por un mismo disfrute en la búsqueda del detalle

2 Para un inventario más completo de archivos y fundaciones véase la página web del proyecto I+D, *Epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936* (IP: José Teruel): <http://www.epistolarios.es/#archivos>.

borrado para reconstruir algo más extenso; por semejantes caminos, obstáculos y azares que supone la investigación en archivos (públicos o privados); e incluso, por una misma nostalgia de lo que lleva camino de desaparecer, de un arte sutil en proceso de extinción.

Resaltamos, además, el evidente diálogo que entablan unos capítulos con otros por la presencia de los mismos protagonistas, e incluso de semejantes tiempos de miserias y esperanzas, pero desde distintos puntos de observación, según la dispar identidad de los emisores y destinatarios. Todos los capítulos en el fondo están hablando, desde diferentes fechas, continentes y perspectivas, de un tema de permanente actualidad: la Guerra Civil y sus consecuencias, así como de la exigencia de una urgente transición cultural y de la necesidad de un diálogo intergeneracional. En este recorrido destacamos un logro: la correspondencia entre el exilio y el interior no solo es presentada como indicio de pronto ascendiente de la España trasterrada sobre el interior, sino también como parte integral del mismo proceso cultural y de la narración de una misma historia literaria.

Bibliografía

- BOTREL, Jean-François (2009): “Introducción. La obra epistolar de Leopoldo Alas, *Clarín*”, en Leopoldo Alas, *Obras completas XII. Epistolarios e índices*. Oviedo: Ediciones Nobel, 2009, pp. 9-20.
- BOU, Enric (2006): “La edición de epistolarios: autor y lector”, en *Seminario de archivos personales (Madrid, 26 a 28 de mayo de 2004)*. Madrid: Biblioteca Nacional, pp. 251-258.
- CABALLÉ MASFORROLL, Anna (2006): “El bolso de Ana Karenina. La necesidad de inventariar los textos autobiográficos”, en *Seminario de archivos personales (Madrid, 26 a 28 de mayo de 2004)*. Madrid: Biblioteca Nacional, pp. 195-209.
- CASTILLA DEL PINO, Carlos (1996): “Teoría de la intimidad”, en *Revista de Occidente*, n.º 182-183, pp. 15-31.
- DELIBES, Miguel (1991): Carta a Claudio Guillén. Valladolid, 17 de octubre. Mecnoscrita. Biblioteca Nacional de España, Archivo Jorge Guillén, JG 27/14 (43).

- (1922): Carta a Teresa Guillén. 12 de febrero. Manuscrita. Biblioteca Nacional de España, Archivo Jorge Guillén, JG 27/14 (44).
- EL INTERLOCUTOR EXPRES. REVISTA DE CORRESPONDENCIA LITERARIA* (1992-1994): Fundación Martín Gaité. Centro de Estudios de los años 50. (También en Biblioteca Digital de Castilla y León, código de referencia S.VIBBCL 3\ACMG,40,8).
- GARFIELD, Simon (2015): *Postdata. Curiosa historia de la correspondencia*. Traducción de Miguel Marqués. Barcelona: Taurus.
- GARRIGA, Ana/TERUEL, José (2018): “Introducción: de la teoría a la circunscripción histórica”, en José Teruel (ed.), *Historia e intimidad. Epistolarios y autobiografía en la cultura española del medio siglo*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 9-20.
- GENETTE, Gérard (2001): *Umbrales* [1987]. Traducción de Susana Lage. Ciudad de México: Siglo XXI.
- GOYTISOLO, Juan (2004): “Fe de erratas”, en *El País*, 27 de noviembre, https://elpais.com/diario/2004/11/27/opinion/1101510008_850215.html.
- MAINER, José-Carlos (2003): “Trabajando sobre cartas (desde el proyecto *Epístola*)”, en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n.º 52, diciembre, pp. 9-14.
- (2018): “Unamuno y sus cartas: defensa de la epistolografía”, *Revista de Libros*, septiembre, https://www.revistadelibros.com/unamuno-y-sus-cartas-defensa-delaepistolografia/?utm_source=newsletter&utm_medium=email&utm_campaign=nl20180404.
- MALCOLM, Janet (2015): “Una casa propia” [1995], en *Cuarenta y un intentos fallidos. Ensayos sobre escritores y artistas*. Traducción de Inga Pellisa. Barcelona: Debate, pp. 75-120.
- MARÍAS, Javier (2021a): “La industria de la maledicencia”, en *El País Semanal*, 18 de abril, <https://elpais.com/eps/2021-04-18/la-industria-de-la-maledicencia.html>.
- (2021b): “Los calzoncillos de Conan Doyle”, en *El País Semanal*, 25 de abril, <https://elpais.com/eps/2021-04-25/los-calzoncillos-de-conan-doyle.html>.
- MARÍAS, Julián (1992): “Peligros para el escritor”, en *ABC*, 21 de mayo, p. 3.

- MARTÍN GAITE, Carmen (2016): *El cuento de nunca acabar (apuntes sobre la narración, el amor y la mentira)* [1983], en *Obras completas V. Ensayos II. Ensayos literarios*. Edición de José Teruel. Barcelona: Círculo de Lectores/Espasa, pp. 229-530.
- (2017): “Juan Benet: la inspiración y el estilo [conferencias]” [1996], en *Obras completas VI. Ensayos III. Artículos, conferencias y ensayos breves*. Edición de José Teruel. Barcelona: Círculo de Lectores/Espasa, pp. 940-969.
- (2019a): *Cartas*, en *Obras completas VII. Cuadernos y cartas*. Edición de José Teruel. Barcelona: Círculo de Lectores/Espasa Calpe, pp. 1061-1318.
- (2019b): *Cuadernos de todo* [2002, edición de Maria Vittoria Calvi], ampliada en *Obras completas VII. Cuadernos y cartas*. Edición de José Teruel. Barcelona: Círculo de Lectores/Espasa Calpe, pp. 51-800.
- MOLINA FOIX, Vicente/CREMADES, Luis (2014): *El invitado amargo*. Barcelona: Anagrama.